

EL ENTREACTO.

PERIODICO DE TEATROS,
LITERATURA Y ARTES.

Sale jueves y domingos. Los suscritores reciben *gratis* todos los meses, un drama nuevo y una hermosa estampa; y tienen entrada en un gabinete particular de lectura, establecido en el despacho del periódico, calle de Preciados, número 19.

Se suscribe á 8 rs. mensuales, 20 por trimestre y 28 para las provincias franco de porte.

Puntos de suscripción. En el despacho del periódico, librería de su editor D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8.

TEATROS DE MADRID.

Artículo sexto.

Determinadas las prendas del director, y supuesto el principio de que ha de obrar como moderante sobre autores y actores, veamos de indicar aunque ligeramente sus principales atribuciones.

La primera es elegir entre los dramas que la parte fiscal artística dé por buenos, y la del gobierno por no contrarios á la sociedad, los que hayan de representarse, en que orden, cuando y como. Para que pueda hacerlo he pedido que sea inteligente en el arte dramático y conocedor del gusto del público.

La segunda atribución es la del reparto de papeles entre los sujetos á propósito para desempeñar cada uno de ellos, decidiendo por sí, pero asesorándose con el autor del drama, y con el director de escena. Pocas cosas requieren mas tino en el teatro que para el reparto de papeles, porque un autor tiene hasta cierto punto derecho á intervenir en él; los directores de escena, cuando lo son buenos, mas datos que nadie para resolver con acierto; y en fin, los actores mismos tienen cifrada su reputación en ese asunto para ellos capital. Las mas de las veces son inconciliables los deseos del autor, el juicio del director de escena, y las pretensiones de los actores: por eso es preciso que haya una autoridad imparcial que los avenga en lo posible, sacrificando la parte de cada uno de los diversos intereses que sea necesaria para bien del arte en general.

Por tercera atribución señalaremos al director del teatro, la de resolver oyendo á la parte fiscal en lo económico, al autor, y al director de escena, en cuanto á trages, decoraciones, acompañamientos, &c. &c.

Tiene el autor derecho á que se vista su drama con decoro y propiedad: pero muchas veces pedimos gollerías, fiando en el lujo de los actores, lo que no en nuestro ingenio. Por su parte los actores hay momentos en que no están de humor de gastar su dinero en un traje nuevo, y se contentan con arreglar mal ó bien uno antiguo. Los directores de escena no siempre estudian, quieren, pueden, ó saben estudiar, lo mucho que se necesita para poner un drama en escena con propiedad, cosa mas difícil y costosa de lo que parece, pero tambien de sumo interés, artísticamente hablando. Y así en esa parte como en la de decoraciones, la parte económica claro está que debe tener intervencion directa. Al director le toca pues, poner en armonia esos diferentes elementos, combinando los intereses siempre segun el principio fundamental de que el arte es lo primero.

Por lo demas, el jefe del teatro debe serlo con todas las facultades necesarias para llevar á cabo su empresa, y un reglamento hecho con detenida meditacion, robustecer su autoridad, imponiéndole al mismo tiempo las trabas indispensables para que su poder no degenera en tiranía, sobre lo cual ya dejó indicado como fundamento que ha de sujetarse al director á una doble fiscalización en las partes económica y artística.

Pero antes de pasar á ocuparme en indicar mis ideas sobre ese punto, se hace preciso sentar algunas bases generales con respecto al teatro principal de Madrid: así será mas claro el resto de una teoria cuya exposicion se va

haciendo mas larga de lo que yo mismo imaginé al comenzarla.

El teatro, modelo que yo acá en mi entendimiento me propongo, creo debiera llamarse Español: no por que en Paris haya uno que se llame Francés; sino por su objeto, y para determinar su marcha, porque ese nombre es el que mejor le cuadra para manifestar mi pensamiento. Por tanto, en el debieran representarse; primero, dramas originales españoles modernos: segundo, las comedias de nuestro teatro antiguo: tercero, traducciones de dramas extranjeros de primer orden, hechas como por ejemplo la de Oscar por don J. N. Gallego, y la de los Hijos de Eduardo por don Manuel Breton de los Herreros, que de paso sea dicho valen tanto como algunos originales y mas que otros muchos.

Por la misma razon de ser el teatro que propongo el primero de la nacion, debieran excluirse de él todos los géneros malos, como por ejemplo los de alimañas, maniobras militares, transformaciones y volateria, &c. &c. con mas los que aunque no malos absolutamente, son por lo superficial y poco artístico ajenos de una reunion verdaderamente culta. En ese punto el teatro Francés es buen modelo, y yo aunque poco inclinado á remedar á los extranjeros, creo que debe imitarseles en lo bueno.

Cuando Scribe nos presente el Arte de Conspirar, recibámosle en buen hora en nuestro primer teatro, que el talento tiene carta de ciudadanía en todo el mundo civilizado: pero cuando firma Vaudevilles, que acaso no ha leído, dejémosle en su patria, ó cuando mas halle acogida en teatros subalternos. Soy muy esplicito, y acaso prolijo en punto á traducciones, porque estoy persuadido de que hasta ponerle un dique á esa incesante irrupcion de composiciones con que los Boulevards de Paris desaguan en la Península, no es materialmente posible formar el gusto del público.

Conviene sin embargo, que se entienda que en mi opinion solos los géneros notoriamente malos deben proscribirse; y que género malo es aquel que intenta suplir el talento de que carecen sus autores ya sea con recursos de fantasmagoria, ya con payasadas, que hacen ruborizarse al mismo que de ellas se rie. (1)

F. DE LA ESCOSURA.

Los automatas.

Pocos dias hace que un periódico de esta Corte titulado el *Corresponsal*, honra y prez, flor y nata del perio-

(1) Como acaba de representarse la *Redoma encantada*, comedia de magia escrita por don F. E. Hartzembusch, literato á cuyo superior talento y sólida instruccion hace el autor de este artículo completa justicia; conviene advertir que no hay ni puede haber alusion á dicho señor en las últimas palabras de mi escrito. El señor Hartzembusch ha compuesto por complacencia una comedia de magia, y aun encadenado por la trama ya ha dado muestras de su claro ingenio; su doña Mencía y sus Amantes de Teruel le ponen á cubierto de toda alusion: pero al mismo tiempo estoy seguro de que el buen juicio del autor de la *Redoma* estará de parte de la opinion que he sustentado.

dismo madrileño, se publicó un artículo, traducido de otro papel extranjero, en que se hacía mención de varios autómatas célebres, y especialmente del turco jugador de ajedrez. Es cosa curiosísima en extremo, y que no debe dejar de leerse, la historia del ingenioso producto de la mecánica, debido á los talentos y paciencia del barón Wolfgang de Kempelen, director de las salinas de Hungría, y refrendatario de la cancillería húngara en Viena. Este caballero, admitiendo el reto que la emperatriz Maria Teresa le había hecho una noche en el año de 1769; de que presentara si se sentía capaz de ello, alguna cosa capaz de celipisar y hacer poner en olvido los sorprendentes experimentos y juegos magnéticos de un físico francés que había trabajado en el palacio imperial; y de cuyas habilidades no manifestó admirarse el barón, llevó en efecto á la presencia de S. M. el siguiente año su famoso autómata, que recorrió despues las principales ciudades de Europa, y tuvo la honra de jugar al ajedrez con Napoleon, con Federico de Prusia, y con otros eminentes personajes.

El artículo traducido por el *Corresponsal*, como el traductor advierte con razon, no cumple lo que promete al principio; pues deja sin descubrir ni determinar el verdadero secreto del mecanismo: solamente da por sentada una de las conjeturas que desde un principio se formaron acerca de la ingeniosa máquina, y es que dentro de la caja que servía como de mesa al tablero, se ocultaba un hombre que desde allí movía los resortes y era el que realmente jugaba la partida. Semejante solución que se contradice con la esplicación anteriormente dada en la narración misma, es mas bien que otra cosa un rasgo de amor propio, por no confesar que se ignora el secreto de Kempelen, y una sentencia decisiva dada por hombres ignorantes que porque en su escasa comprensión no cabe semejante maravilla, creen imposible la existencia de una máquina capaz del discurso necesario para dirigir una partida de ajedrez.

La *Revista Británica*, que es el periódico de donde el *Corresponsal*, ha tomado esta historia quedará confundida y tendrá por hacedero ese supuesto imposible, cuando sepa lo que yo voy ahora á decirle, y es, que en España ha habido siempre en materia de autómatas mucho mas que admirar. Cita la *Revista* en su artículo, como por muestra de su erudición automatesca «el pájaro volador de Archytas, mencionado por Aulo Gelio, el águila de madera Reggio Montano, que volaba desde la ciudad para saludar al emperador, y que volvía á su puesto despues de haberle saludado; como tambien la célebre mosca de hierro que en un banquete tendió las alas desde las manos de su dueño, dió vuelta á la sala, y volvió á posarse en la misma mano.» Cita asimismo la *Revista* «el trompetero de Maelzel, el flautista de Vaucanson, el Apolónico de Flight y Babsoy, y en fin la dama de madera que tocaba el piano y que tenía numerosa familia.» Pero no cita la *Revista*, ni el *Corresponsal* traductor lo apunta, algunos prodigios mecánicos obrados en España y especialmente el famoso *hombre de palo* que ha dado su nombre á una calle de la ciudad de Toledo en la cual vivía Juanelo su autor; el cual hombre de palo como el vulgo le llamaba, salía de la casa de su amo todos los dias al dar las doce, él solo y andando por su pie, iba hasta el palacio arzobispal, recibía allí la ración que Juanelo tenía asignada para su mantenimiento, y se volvía con ella á su posada con grande aplauso y admiración del numeroso gentío que seguía sus pasos; todo esto volviendo y revolviendo esquinas y bajando y subiendo cuestas y escalones.

Dirán que esto no llega ni con mucho á la dificultad de que una máquina por sí sola, y sin el auxilio del entendimiento humano, juegue al ajedrez: pues vamos á ver si llega y pasa de ese portento lo que voy á referir, y que sin duda ignoran los señores redactores de la *Revista Británica*, porque los extranjeros de las cosas de España ignoran mucho.

Diariamente se está viendo en Madrid, y de puro visto ya nadie habla de ello, el espectáculo no de uno, sino de varios autómatas de figura humana que en fuerza de un complicado mecanismo hacen lo siguiente. Cuando se les avisa que el público está ya aguardando para verlos, cada cual echa mano á los trages ya preparados, y se los viste como pudiera hacer una persona. Ya que están vestidos, cesa de tocar la orquesta, se descubre una cortina, y los autómatas se van presentando segun el orden que se quiere dar á la fiesta: se miran unos á otros, mueven los brazos, las manos, y las piernas á imitación

de los movimientos del hombre, y por último, meneando asimismo los labios, sacan del centro de su mecanismo un sonido semejante á la voz humana, y articulan palabras bien coordinadas que les vá dictando un hombre colocado entre el lugar que ocupan los autómatas, y el de los espectadores. A pesar de lo ingenioso, exacto y prolijo de tales máquinas, ya se vé, sucede frecuentemente que los trajes no están bien puestos, que los ademanes que hacen son grotescos, que su voz y acento ofenden los oídos, y que las palabras que pronuncian no están de ninguna manera acordes con la acción: entonces el vulgo ignorante se rie á carcajadas, sin hacerse el cargo de que para ser autómatas, demasiado bien lo ejecutan, y que todavía hay en aquella ruda imitación mucho y muchísimo que admirar. Ahora bien, díganme si esta representación mecánica, con movimientos diversos, con entradas y salidas, con mudanza de trages, y con articulación de muchas y continuadas palabras hasta llegar á veces á recitar centenares de versos, no es con mucho extremo mas maravillosa que el turco jugador de ajedrez construido por el húngaro Kempelen.

Pues á bien que si los escritores de la *Revista Británica* dudan de este hecho, y no quieren dar fé á la deposición de millares de testigos no tienen mas que venirse á Madrid boníticamente, y el día que vean puestos los carteles irse á ver una función de autómatas. Es verdad que por acá no se les llama autómatas, sino cómicos de segunda orden; pero tambien se llama *albillo como el oro* á una clase de uvas, y *suspiros de monja* á cierta confitura, cosas que no entendería un francés por muy instruido que fuese en nuestro idioma. Metáforas son estas propias del carácter español; pero en realidad, confites son los suspiros, uvas el oro, y autómatas los llamados actores; porque como dicen allá en el país donde la *Revista Británica* se escribe, *le nom ne fait point la chose*, y es proverbio muy cierto y filosófico.

EL ESTUDIANTE.

Un episodio del sitio de Lisboa.

El 23 de octubre de 1147, Alfonso, rey de Portugal, al frente de los cruzados alemanes, franceses é ingleses, entró en Lisboa, despues de un combate sangriento sostenido con obstinación por los infieles, que por espacio de muchos años habían dominado en la ciudad. En menos de dos horas, tendieron los cruzados en las calles mas de doscientos mil moros ó sarracenos. Alfonso, para recompensar á sus aliados, permitió el saqueo; y casas, palacios y mezquitas fueron abandonadas á la rabia de los vencedores.

Eran las nueve de la noche; la obscuridad reinaba en todas partes; la inmensidad del cielo estaba cubierta de densas nubes; de cuando en cuando sin embargo, asomaba la luna y dejaba entrever algunos pálidos rayos en el espacio. Lisboa estaba tranquila; los cristianos satisfechos, pero rendidos de cansancio, dormían en las habitaciones.

—¿Quién vive? dijo el centinela colocado en una de las puertas de la ciudad.

—Amigo de Alfonso, caballero de la cruz, contestó una voz.

Era Guillermo de Korny con diez sajones, que en medio del ardor del combate había salido persiguiendo á algunos moros que huían de la muerte.

—Vive dios, amigos míos! dijo Guillermo, despues de haber recorrido algunas calles: será difícil que podamos pasar la noche al abrigo del viento; en todas las casas veo el nombre de un nuevo amo; y creo que por haber llegado tan tarde, no tendremos mas recurso que el de dormir en compañía de esos infieles cuyas almas están ya entre las garras de Satanás.

—Llamemos á la primera puerta que nos parezca, dijo un sajón, nuestros compañeros son cristianos; y sino quieren partir con nosotros sus camas, encontraremos cuando menos bancos en que sentarnos y una mesa para beber.

—Silencio, dijo Guillermo; atravesaré de parte á parte al que se atreva á poner la mano en una puerta. Nadie replicó.

Guillermo de Korny podía tener unos treinta años. Los numerosos combates que había sostenido contra los infieles habían aumentado las fuerzas corporales en vez de

debilitarlas. Hija única de una casa distinguida de Sajonia, y arrastrado por el ardiente deseo de gloria, tan común en los nobles de aquella época, había hecho voto de ir á pelear por el sepulcro de Cristo. Al partir de Breme, llevó consigo diez hombres escogidos entre todos sus vasallos, que obedecían ciegamente á su señor y que por él se hubieran sacrificado. Habíanle seguido muchas veces en medio del polvo de los combates; habían arrojado mil peligros con él; acababan de batirse encarnizadamente en el sitio de Lisboa; y como si la fortuna no los abandonara, después del combate en el que tantos cruzados habían perecido, se encontraron los diez de pies y sin herida alguna al lado de su jefe.

Después de haber hecho mil inútiles investigaciones por espacio de una hora, y caminando por encima de jadares, Guillermo de Korny, con sus diez hombres, se encontró enfrente de una casa de bastante buena apariencia. En su fachada no se veía ningún indicio de que estuviera ocupada. Sin embargo, temiendo turbar el reposo de sus camaradas, llamó muy quedo, y como nadie contestaba, llamó con mas fuerza.

—No había entrado en mis cálculos, dijo, viendo que nadie salía á abrir, el dormir al abrigo del viento esta noche. Acaso es esta la única casa que ha quedado vacía en Lisboa, y es cosa de entrar pronto en ella, porque pudiera suceder muy bien que viniesen á disputárnosla. No tuvo necesidad de repetirlo; los sajones se arrojaron á la puerta, y en un abrir y cerrar de ojos la derribaron.

—Poco á poco, demonios, dijo Guillermo: hasta este momento, los sajones no se habían atrevido á manifestar su pasiva resignación; pero queriendo su amo tenerlos á raya y mudos como en un campo de batalla, se revolucionaron contra él; y no haciendo caso de sus amenazadoras palabras entraron en trópel en la casa. Viendo Guillermo que no había medio de detenerlos, no intentó hacerlo. Quedóse en el umbral de la puerta, aguardando á que un rayo de la luna le alumbrara para escribir su nombre. Pero las nubes inconstantes se obstinaron en ocultar la luz; y hasta que hubo transcurrido un cuarto de hora, no pudo trazar las siguientes palabras: *aquí vive el caballero Guillermo de Korny con sus vasallos.*

—Qué demonio de algazara traen esos demonios! exclamó Guillermo, oyendo un ruido infernal en el piso principal; creo que no conseguire humanizarlos, sino envío uno ú dos al otro mundo.

Al entrar en una habitación alumbrada por una lámpara, encontraron los sajones á dos mugeres arrodilladas: la una anciana, y á la que sin preceder explicación de ninguna especie, le habían sepultado un puñal en el corazón; la otra era una mora que cuando mas tendría 17 años. Cuando oyó á los enemigos no intentó huir; ni tampoco excitar su compasión. Los sajones la perseguían riéndose á carcajas y se complacían en hacerla gritar. Sin embargo, pronto dejó esta chanza de serlo, todos querían apoderarse de tan preciosa presa, y Guillermo llegó muy á tiempo para impedir una riña.

—Atrás! atrás! exclamó, viendo dos grandes ojos negros que se clavaban en él, desgraciado del que se atreva á tocar á esa muger.

Los sajones tan feroces un momento antes, se quedaron petrificados al oír la voz de su señor, y no hubo uno que se atreviera á mirarle á la cara. Al acercarse á la joven, tropezó Guillermo con el cuerpo ensangrentado de la anciana y los gritos de cólera que salieron de su boca, manifestaron á los sajones que no aprobaba aquel asesinato. Quiso saber quien le había cometido; pero ninguno le denunció, y no pudo obtener satisfacción. La joven no comprendía lo que oía, permanecía inmóvil como una estatua en un rincón de la pieza y parecía estar resignada á cuanto podía sucederle. En vez de arrojarle á los pies de su libertador que le tendía la mano, apartó la poblada y negra cabellera que ocultaba su rostro, y mirándole con noble orgullo, parecía decirle: hiere, estoy pronta á morir. El caballero se sorprendió al ver tanta grandeza y tanto valor; nunca había rendido las armas delante del enemigo; pero cuando su mirada encontró una cara tan divinamente hermosa, no pudo ahogar las sensaciones que experimentaba; balbuceó algunas palabras que no se entendieron, y por poco, en un momento de debilidad, no se le doblaron las rodillas como delante de una santa imagen.

Cuando se volvió para hablar á los sajones, todos habían desaparecido. En aquel momento que no deseaban

ya mugeres, necesitaban vino y alimentos. Guillermo, temiendo que existiesen otras personas en la casa, y queriendo evitar nuevos asesinatos, tomó la mano á la joven, y á pesar de la resistencia que ella opuso, la hizo salir de aquella habitación que brotaba sangre y consiguió que le siguiera: después de una larga investigación encontró el caballero á su gente en una sala retirada. Cuando entró, hizo un movimiento hacia atrás, al ver á la luz de una pálida lámpara las paredes entapizadas de cráneos y á sus compañeros puestos de rodillas. La compasión y el respeto que hasta entonces había tenido para con la joven se cambiaron en furor; tiró de la espada para herir su pecho pero bien sea que la sangre fría que ella manifestó le impusiera, bien sea que tan vil venganza no le pareciera digna de su carácter, lo cierto es que la permitió vivir.

—¡Levantaos! dijo Guillermo; con súplicas no resucitais á los muertos; tomad esa antorcha y seguidme.

Después de haber atravesado algunas piezas á cual mas oscuras llegaron á una en la que había una mesa con víveres y vasos. Nuestros sajones, reanimados con tan imprevisto encuentro no pidieron la aprobación de Guillermo, y se apoderaron de cuanto se les vino á la mano.

—Aquí tenemos con que quitarnos el sueño, dijo uno de ellos echando mano de un jarro de vino. Sus camaradas le rodearon y llenaron al momento los vasos.

—A vuestra salud, caballero, dijeron los sajones empujando.

Muy pronto dieron cuenta del vino; y empezaron las disputas. Los vasos se quebraron y se apagaron las antorchas. Espectador de tan estrepitosa orgia, Guillermo levantaba la voz en vano; y temiendo algun peligro recogió una antorcha para ir á encenderla.

No sin trabajo consiguió salir de aquella pieza, y cuando por fin llegó á la puerta de entrada, la encontró cerrada. La mora se había escapado y para asegurarse de que no la perseguían, había encerrado á sus enemigos. Guillermo comprendió que había caído en un lazo, y se arrepintió, aunque demasiado tarde, de no haber muerto á aquella muger. Furioso al verse burlado consiguió, á costa de grandes esfuerzos, derribar la puerta. Habiendo salido al fin de su prisión, y no sabiendo donde encontrar luz; se dirigió á la casa de enfrente. —Qué pedis, dijo una voz que salía de una ventanilla: en esta casa no queda un palmo de terreno vacío. Insolente, contestó el caballero, yo no vengo á pedir hospitalidad. Dí únicamente á tu señor que Guillermo de Korny le espera para hablarle. A estas palabras el cruzado no se atrevió á contestar.

Un momento después, un hombre armado de pies á cabeza salía de aquella casa. Guillermo reconoció á Godofredo Lizel, un valiente caballero francés que había combatido todo el día á su lado; le agarró del brazo y ambos atravesaron rápidamente la calle y en menos de dos minutos se encontraron en la pieza donde quedaron los sajones.

—Aquí están, dijo Guillermo, dirigiéndose á Lizel; duermen como sino debieran despertar nunca.

—Mucho habrán bebido, contestó Lizel.

Una idea siniestra se apoderó de Guillermo... por desgracia se realizó: los desventurados sajones habían muerto envenenados.

Eran las dos de la mañana. Dióse la alarma en Lisboa, y el ejército de Alfonso se puso sobre las armas.

Enterado Alfonso de lo ocurrido mandó, que si se encontraba á la mora, se le cortara la lengua, las narices y las orejas, y que se la espondría hasta que exhalara el último suspiro á los abrasadores rayos del sol.

El día siguiente, al despuntar el día, mas de trescientas jóvenes moras aguardaban en la plaza á que se decidiera de su suerte. Guillermo se presentó é hizo desfilar una por una á todas aquellas mugeres. Cuando hubo pasado la última, exclamó: «La maldición del cielo caiga sobre la culpable, que ha desaparecido.» La única venganza que pudo tomar Guillermo, fue prender fuego á la casa en que habían muerto sus compañeros, y verla reducida á cenizas.

Algunos días después, habiendo jurado Guillermo no dejar las armas, mientras viviera, se embarcó para Jerusalén con un caballero muy afamado, llamado Childe Rollin. Nunca violó el juramento que había hecho.

Instituto español.

La sesión celebrada la noche del 2 del corriente no cedió nada en brillantez á las anteriores, siendo notable el número de concurrentes que asistieron, á pesar de la lluvia que no dejó de caer toda la noche.

La sección de música contribuyó con las piezas siguientes: *variaciones de violin* por el señor Sobejano (padre): *duo del Belisario* por los señores Unanue y Reguer: *cavatina de Sancha di Castiglia* por la señorita Campos: *duo de la Italiana en Argel* por la señorita García y un joven socio: *duo del maestro Sobejano* (hijo) por las señoritas Ibarrodo y Sobejano: *duo di Bianca e Faliero* por las señoritas Chimento y Campos.

En los intermedios de una pieza á otra leyeron los señores don Angel Maria Terradillos, don Ramon Campaamor, don Basilio Sebastian Castellanos, y señores Elípe y Rubí.

VARIETADES.

TEATRO DE ZARAGOZA. La ciudad siempre heroica acaba de dar un segundo ejemplo de sensibilidad y de cultura, coronando en la escena las sienes de otro de sus poetas dramáticos. El ejemplo del Señor *Príncipe*, nuestro colaborador, que fue el primero en lanzarse a la arena escénica con su *Conde don Julian*, y el asombroso éxito que tuvo esta producción, alentaron á la juventud zaragozana á emprender iguales tentativas. Un año no ha transcurrido todavía desde aquel hecho memorable, cuando el Señor *Don José Maria Huici* ha tenido el inesplicable placer de recibir de sus paisanos el premio mayor á que puede aspirar un poeta. Nuestros lectores saben ya el éxito que tuvo el drama de *Don Pedro el Cruel* las primeras noches de su representación. Restanos ahora añadir que habiendo el excelentísimo Ayuntamiento concedido un beneficio al autor del drama, tuvo lugar la función la noche del 2 último: los aplausos al autor, cada vez mas estrepitosos, llegaron á su colmo al alzarse el telon en el tercer cuadro: la inmensa concurrencia pidió nuevamente la presencia del señor *Huici*, el cual salió á la escena acompañado del señor *Zacarias* comandante de la primera compañía de artillería de la Milicia Nacional á que pertenece el autor. Apenas este se dejó ver, llovieron en el proscenio cucuruchos de dulces. El señor *Mate*, director de escena se presentó en seguida con una bellísima corona que colocó en las sienes del poeta, renovándose los aplausos con un entusiasmo difícil de explicar. Leyéronse despues varias composiciones poéticas en elogio del autor, de las cuales copiamos las tres siguientes que nos remiten nuestros correspondientes. La avanzada hora en que escribimos estas líneas no nos permiten estendernos en una multitud de reflexiones que nos sugiere la culta y heroica Zaragoza. ¡Honor al pueblo que premia de un modo tan grande los esfuerzos del talento! Repitanse iguales ejemplos en las demás ciudades de España, y nuestra literatura subirá al colmo de su gloria y esplendor.

COMPOSICIONES

RECITADAS EN EL TEATRO DE ZARAGOZA

la noche del 2 del corriente,

en la coronación del señor *Huici*

AUTOR DEL DRAMA TITULADO

DON PEDRO EL CRUEL.

Un año no transcurrió
Que en aquesta misma escena,
Otro aragonés se vió:
De gloria y de placer llena
Su alma aquí mismo latió.

Igual prez la tuya goza;
Lo veo como se inflama;
Miradle cual se alborozó;
Mas qué mucho si te aclama
La invencible Zaragoza.

La invencible!!! Ciudadanos!
La que el premio da al saber,
La que le tiende sus manos;
Qué gloria es aquí nacer!
No hay otros Zaragozanos!!

De alegría y de contento,
Mira cual rebosa su alma:
Felices son el momento
En que al genio dan la palma,
Del mérito y del talento.

¿Qué es nobleza, lustre y cuna
Con el saber comparada?
¿Qué la riqueza y fortuna?
Igual al talento.... nada.
Gloria cual saber.... ninguna.

Alza orgulloso la frente;
Mira cual tu nombre aclama
Este pueblo, á quien la fama
Grande llamó justamente.

Ve cual tributa al talento
El premio que le es debido;
Mira por tí conmovido
Cual espresa su contento.

Jóven, diste el primer paso
En la senda de la gloria;
Sigue, y que un día la historia
Te cuente con Vega y Laso.

Y cuando estes á su lado
En el templo de la fama,
Dinos el placer que inflama
Al que á su cumbre ha llegado:

Que (no es predicción extraña)
Al escuchar tus acentos
Se alzarán nuevos talentos,
Que serán gloria de España.

Al vate aragones que Augusta aclama
La sien ciñendo del laurel de Apolo,
Amor y gratitud; que iguale en fama
Un día á Moratin, Quintana y Polo.
Todos anhelan de su lira hermosa
Oír el dulce, el armonioso acento;
Nunca corona ofrécentle gloriosa,
Digno homenaje á su feliz talento.
Ejemplo de cultura repetido
En Zaragoza al Universo entero,
Orgullo y prez al genio esclarecido
Nombre inmortal al escritor ibero.
Por qué no un día la ciudad guerrera
En bellas letras floreciente, ufana,
De la ilustrada Europa la primera,
Esplandecer podrá cual soberana?
Otros ingenios el laúd divino
Ensayan á su vez con valentía,
Liza, dó por el triunfo peregrino
Compíte Melpomene con Thalia,
Faudos caminan de la gloria al templo
Unidos Huici y Príncipe en la historia:
Ellos os dieron el sublime ejemplo:
Por y eternidad á su memoria.

EDITOR, DON IGNACIO BOIX.

IMPRESA DEL ENTREACTO.